



H. Macfady, editor.

Raquel.

Litog. de Debeau.



## RAQUEL.

En ella se confía el corazón de su marido.  
(Proverb. XXXI 11.)

EL respeto que se tiene á la antigüedad no debe considerarse como una enfermedad del espíritu humano, ni como una flaqueza, de la cual deba ruborizarse. Lo mas antiguo no siempre es lo mas imperfecto: al lado de la lentitud posee el viejo la prudencia; y al mismo tiempo no falta nobleza y atractivo en la simplicidad de los antiguos dias. A mas de que, mirada la cosa bajo otro aspecto, las edades jóvenes son las que nosotros tenemos por antiguas: aquella era la bella infancia del mundo, la aurora brillante del dia de la humanidad: nuestra generacion es la que ha envejecido con el mundo: la inteligencia y el sentimiento en sus relaciones con la felicidad, parece que han degenerado en los siglos; y tal es el extravio de la razon humana, que hasta cierto punto parece que chochea de decrepita, y tal vez no está muy lejano el momento en que haya de tropezar con su sepulcro. Nada pueden ganar los siglos presentes en decir mal de los siglos anteriores; ni las faltas cometidas por los hombres de otro tiempo

garantizan la impecabilidad de los hombres de hoy. Dejemos á los muertos en la pacífica posesion de sus virtudes; esta es una justicia que se les debe, y ni aun humillemos su memoria con la vanidosa comparacion de lo que les faltaba con lo que hemos adquirido: esta generosidad nos honrará. De otra parte, aquello mismo que particularmente vituperamos en lo pasado, entraba tal vez necesariamente en un sistema general lleno de inmensas ventajas; así como lo que mas se alaba en lo presente, entra quizás en un sistema general lleno de los mas graves inconvenientes. Nuestra civilizacion, no hay duda, tiene sus maravillas que amamos y que admiramos, porque son hijas de este mismo siglo, del cual somos hijos nosotros; y el tiempo á que se une nuestra existencia es para nosotros una segunda patria que nos atrae. Admiramos, pues, estas maravillas, por mas que se diga que el pauperismo, siguiendo á la opulenta industria en sus caminos de fuego, amenaza á los que tienen con la indignacion de los que nada tienen. Las costumbres de las primeras edades tienen su gracia y su candidez, y podemos lamentarnos que hayan totalmente desaparecido ante las maneras refinadas de la vida moderna, por mas que haya en la rusticidad de las naciones incultas alguna cosa por la cual no sentimos la menor simpatía.

Sea como fuere, es muy de notar que aun los mismos que no quisieran para sí la vida sencilla y apacible del mundo primitivo, gózanse á lo menos en la pintura que de ella se les hace; y perciben un sentimiento involuntario de tristeza y de dolor, al ver que ha pasado ya, para no volver, la inocencia pobre y la calmada felicidad de los antiguos dias. Lo que de ella han cantado los poetas, ha quedado vivamente impreso en nuestra memoria; y estos cuadros no dejan de tener para nosotros un atractivo irresistible, aun al lado del ardiente tumulto y de la febril agitacion de nuestra época. Mas cuando estos recuerdos se toman de la fuente purísima de la religion, y se refieren á nombres consagrados por ella, revistense de un embeleso mas puro, mas dulce todavía. Los que han visitado la Palestina, como peregrinos, llevando consigo una inteligencia elevada y un corazon noble y generoso, no han podido librarse al poner su planta sobre esta tierra de poesia y de prodigios, de una especie de temor respetuoso con que no habia afectado su alma la vista de Roma y de Atenas; porque la voz que sale del sepulcro de los pueblos ilustres, y la huella gigantesca que han dejado sobre este suelo, no tocan al alma de la misma manera que la voz y los monumentos de la religion. Lo mismo sucede á los que hacen su peregrinacion sobre los libros; sienten emociones mas profundas y de un orden mas elevado, visitando con el pensamiento el teatro de los sucesos religiosos que han cambiado la faz

del mundo, que cuando recorren en espíritu los lugares en donde vivieron los grandes hombres, los cuales, cuando mas, no han representado ni defendido sino ideas humanas é intereses subalternos. Y de ahí proviene tambien que tan armoniosos suenen á los oídos cristianos los nombres de Jacob y de Raquel; y que se hallan en los relatos biblicos atractivos de una tal suavidad, que hacen amar las costumbres de la edad patriarcal, no solo porque son sencillas y candorosas, sino porque fueron practicadas por nuestros abuelos en la fe.

Jacob, salido de la casa de sus padres, partía á la Mesopotamia, tanto para evitar el rencor de su hermano Esau, como para tomar allí por esposa á una muger de su linaje y de sus creencias. Despues de haber caminado todo el dia, se detuvo para descansar, inclinó la cabeza sobre una piedra, y se durmió. Hallábase ya distante sobre diez jornadas de Bersabé, de donde habia salido para dirigirse á Haran, y el sitio en donde se hallaba era cerca de Luza, que despues se llamó Bethel. Y durante su sueño, vió una escalera que por un extremo tocaba la tierra y por el otro los cielos, y el Señor se hallaba apoyado sobre la parte superior de la escalera, por la cual subian y bajaban los ángeles. ¿Figuraba esta vision la partida y futuro regreso de Jacob, ó bien era símbolo de otro grande suceso? Los sagrados espositores contemplan varias figuras en esta misteriosa escala, marcadas todas con el carácter de la verdad y de una aplicacion real y positiva. Despues de convenir todos en que con aquella vision quiso el Señor manifestar á Jacob la particular proteccion y cuidado, bajo el cual le tomaba la Providencia en la soledad, afliccion y abandono en que se encontraba, admiran unos la imájen de esta misma Providencia, que vela en la conservacion de los escogidos, valiéndose, como de ministros y ejecutores de sus designios soberanos, de aquellos celestes espíritus, que suben y bajan de continuo, ya para acudir á nuestro socorro, ya para presentar al Altísimo nuestras lágrimas y nuestros suspiros. Otros contemplan en la escala una figura del misterio adorable de la Encarnacion del Verbo, que juntó el cielo con la tierra, el tiempo con la eternidad, mediante esta cadena mística de patriarcas y de santos, cuyos eslabones forman una série no interrumpida de fé y de esperanza, desde la cuna del mundo hasta la plenitud de los tiempos, y que se perpetuará por medio de los justos hasta que espiren los siglos. Sea como fuere, el pesaroso y fugitivo Jacob sintió su alma bañada de suavísimo consuelo, viendo en sombras al que, segun los divinos oráculos, debia nacer de su sangre, y en quien debian cumplirse tantas esperanzas; pues dijo el Señor: "Yo soy el Señor, Dios de Abraham, tu padre, y el Dios de Isaac: la tierra en que duermes, te la daré á tí y á tu descendencia.

Y será tu posteridad tan numerosa como los granitos del polvo de la tierra: estenderte has al Occidente y al Oriente, al Septentrion y al Mediodia, y serán benditas en tí y en el que saldrá de tí todas las tribus de la tierra. Yo seré tu guarda do quiera que fueres, y te restituiré á esta tierra, y no te dejaré de mi mano hasta que todas mis palabras queden cumplidas." Jacob, al despertar, se sintió sobrecojido de un terror religioso, y alentado al propio tiempo por las promesas de lo alto: "¡Cuán terrible es este lugar, exclamó: aquí hay en realidad la casa de Dios y la puerta del cielo!" Levantándose, pues, de mañana, tomó la piedra que se habia puesto por cabecera, y derramando aceite sobre ella, la erigió en testimonio ó monumento de aquel lugar en donde habia tenido la vision santa. Y le puso por nombre Bethel, ó sea casa de Dios, é hizo este solemne voto: "Si el Señor estuviere conmigo ó me amparare en el viaje, y dándome lo necesario para mi alimento y vestido, volviere yo felizmente á la casa de mi padre, el Señor sera mi Dios. . . . y le ofreceré la décima parte de cuanto me diere." Concluida esta escena, llena de profundos misterios, continuó su camino hácia el Oriente.

Este dulce y paternal comercio de la Divinidad con los hombres no ha cesado, bien que se presente en el dia bajo diferente forma. Seis mil años de una esperiencia continua; la duracion milagrosa de la Iglesia despues de diez y ocho siglos; todas las naciones caminando á los rayos del sol del Evangelio, y fijando á su sabor el destino politico de los pueblos que no han recibido el Cristo; la luz, el calor y la vida que se manifiesta en la doctrina católica; el conjunto de todas estas grandiosas escenas, forma una vision asaz magnífica, y presenta una série de escalones brillantes, que pueden conducir al hombre de la tierra hasta las alturas del cielo, y desde las tinieblas de una opinion falaz, hasta el seno espléndido de la verdad. Desde lo alto de este pedestal habla Dios por la voz clara y distinta de la Iglesia; y sobre la fé de su sagrada doctrina, la humanidad, esta augusta viajera, continúa con valor y seguridad su camino hácia las regiones del porvenir.

Entretanto llegó Jacob á un campo en donde tres hatos de ovejas descansaban junto á un pozo, esperando que se les diese de beber, pues la boca ó entrada del pozo estaba cerrada por una piedra, para que se conservase mejor el agua en aquellas llanuras, abrasadas por los rayos del sol. Cuando estaban reunidos todos los rebaños, se levantaba la piedra, y despues de haberlos abrevado, volviase á colocar sobre el pozo. Dijo, pues, Jacob á los pastores: "Hermanos, ¿de dónde sois?"—"De Harán," respondieron ellos. Y añadió Jacob: "¿Conoceis á Laban, hijo de Nachor?"—"Le conocemos."—"¿Está bueno?"—"Si," respondieron al

viajero desconocido, y hé aquí á Raquel, su hija, que viene con su rebaño." Y dijo Jacob: "Mucho queda aún de dia, y todavia no es tiempo de recoger el ganado á los apriscos: dad antes de beber á las ovejas, y volvedlas despues á sus pastos." Y contestaron ellos: "No podemos verificarlo hasta que se junten todos los ganados y quitemos la piedra del pozo para darles de beber."

Hablando estaba todavia, cuando llegó Raquel con las ovejas de su padre, pues ella misma pastoreaba el rebaño. Aquellas ilustres familias, que podian contar toda la larga série de sus progenitores, vivian noblemente en el seno de la mayor abundancia, pero sencillamente y de una manera laboriosa. Gozando de una perfecta libertad, provistos de todo lo necesario para la vida, y moderados en sus deseos, formaban como unos pequeños estados, que el padre gobernaba como rey; verdadera monarquía, en efecto, pues nada faltaba á su poder real, sino vanos títulos y ceremonias incómodas. No se necesitaba rodear entonces la persona del monarca con el prestigio del aparato, porque su autoridad estaba en el corazon de sus súbditos. Su principal riqueza consistia en ganados: cambiaba de domicilio cuando faltaban los pastos, y se detenia donde los pastos se encontraban mejores y mas abundantes. Su imperio le seguia donde quiera, y con su imperio su felicidad. No se encerraba dentro de murallas, al modo de aquellos que buscan cómo evitar el castigo de crímenes consumados, y cómo asegurarse el medio de cometer impunemente otros nuevos: acampaba bajo tiendas y á cielo abierto, no teniendo qué temer nada de Dios ni de los hombres. Sus mugeres y sus hijos llevaban, como él, el peso del dia y del camino, y pasaban igualmente su vida en la sencillez y en el trabajo. Tales fueron Sara, muger de Abraham, y Rebeca, madre de Jacob, y tal era tambien Raquel.

Jacob, al ver á su parienta, y sabiendo que el ganado era de Laban, su tio, quitó la piedra que cubria el pozo, y el ganado se saturó de agua. En seguida el extranjero se dió á conocer, nombró á su madre, y levantando la voz, derramó lágrimas de ternura y de afecion hácia su prima; y le dió un beso, segun la costumbre de saludarse que tenían los parientes mas cercanos. Hay en el amor entre primos un embeleso secreto que participa de los dulces vínculos de la sangre, y de las simpatías delicadas de la sensibilidad. Jacob vió ya en Raquel su prima y su esposa, y un doble lazo de familia hizo saltar ya de gozo su corazon.

Raquel corrió á toda prisa para avisar á su padre. Laban vino en seguida al encuentro del hijo de su hermana, le estrechó en sus brazos, y colmándole de besos, le condujo á su casa. Y luego que hubo oído de su boca los motivos de su viaje, le dijo con el vivo interés de la amistad:

“Hueso mio eres y carne mia,” recordando así su parentesco, y prometiéndole á su sobrino socorro y proteccion. Entonces hablaba por sí sola, sin mezcla de lisonja ni de afectacion, la voz de los sentimientos naturales.

Entretanto Jacob cuidaba de los ganados de su tío, y pasado un mes, le dijo éste: “¿Acaso porque eres hijo de mi hermana me has de servir de balde? Dime la recompensa que quieres.” Laban tenia dos hijas, la mayor se llamaba Lia, y la mas jóven Raquel; pero Lia tenia los ojos legañosos, y Raquel era de una estremada belleza, sin imperfeccion alguna. Respondió, pues, Jacob: “Te serviré siete años para Raquel, tu segunda hija.” En la mayor parte de los antiguos pueblos, el hombre debia comprar la muger que tomaba por esposa, ó á lo menos constituirle un dote. Jacob, salido de la casa paterna como fugitivo, no podia llenar las condiciones de costumbre, sino ofreciendo sus servicios en lugar de riquezas. Laban acció gustoso la respuesta de su sobrino, y díjole, hablando de Raquel: “Mejor es dártela á ti, que á otro alguno: quédate en mi casa.” Jacob, pues, por espacio de siete años, para obtener á Raquel, se sujetó á todos los trabajos y fatigas del servicio. Y estos siete años, le parecieron siete dias. Tanto era el afecto que á Raquel profesaba. Cosas hay que nunca nos parecen caras en demasia, cuando con mucho ardor las deseamos; y aunque las afecciones vehementes se aflijan con los largos retardos, con todo, saben maravillosamente estender sus angustias los encantos del objeto amado, y engañar así la lentitud del tiempo. La esperanza consuela los sinsabores de la privacion, y las hermosas ilusiones que brotan del deseo comprimido, como las bombollas brillantes que nacen de la espuma, embellecen como goees fantásticos los momentos de la tardanza. Nada hay tan delicioso ni duradero como las fruiciones que cria nuestra fantasia, en el horizonte encantado de su actividad, antes que la fría y rápida realidad venga á disipar nuestros sueños de oro. El alma encuentra en lo que espera algo de aquella felicidad vaga é indefinida que solo puede llenar su inmenso vacio; pero cuando la verdad de su dicha se le ha presentado con todos sus límites, y no puede alcanzar mas allá, entonces cae desmayado, como avergonzada de su propia impotencia y engaño, tocando tristemente que todos los placeres de la vida no son mas que la sombra de sus propios devaneos. La vejez es árida y sombría, porque carece de deseos y de esperanzas, así como la aurora de la vida es hermosa, porque aparece teñida como los dorados tintes de la ilusion, que van desapareciendo como el humo.

Cumplidos los siete años de penoso trabajo y de continuos cuidados, pidió Jacob su recompensa. Laban dió muestras de acceder á su ruego;

reunió á sus amigos, y celebró el festin nupcial. Era costumbre de aquellos tiempos introducir á las recién casadas en el aposento de su esposa, que se acostaba el primero, cuando era ya de noche, y cubiertas de rostro con un velo, cuando se acercaban al lecho del esposo. La palabra latina *nubere*, que ha quedado para significar el acto de casarse la muger, significaba antiguamente el velarse ó cubrirse con un velo. Laban, pues, haciendo una sustitucion que no puede de modo alguno justificarse, introdujo á Lia en lugar de Raquel, en el aposento de Jacob, despues de haberle dado una sierva, llamada Zelfa. Este, cuyo corazon recto y sencillo estaba muy distante de presumir semejante perfidia, apasionado por Raquel, y viendo en todo al objeto de su amor, deslumbrado por todas las apariencias y el disimulo, silencio y artificio de Lia, que sin duda estaria muy bien prevenida de su padre, no conoció verosimilmente el engaño hasta la mañana. Laban y Lia eran altamente culpables. El carácter del primero es de un hombre duro, artificioso, falaz, idóatra esclusivo de sus intereses, buscando tan solo sacar con el engaño, todo el partido posible del ciego, pero, sincero amor que Jacob á Raquel profesaba. Lia fué tambien delincuente, porque usurpó los derechos de su hermana, y burló las esperanzas del inocente Jacob. Penetrado éste de aquel dolor profundo y amargo que sentimos cuando, burlados mañosamente en nuestra fé, se cortan de repente nuestras mas dulces esperanzas, reconviniendo á su suegro, le dijo: “¿Qué has hecho? ¿No te he servido yo por Raquel? ¿Por qué así me has engañado?” A estas naturales y apasionadas preguntas, contestó Laban con aquella calma cruel y páfida con que el sórdido interés cree satisfacer con fútiles pretestos á las justas inculpaciones que le dirige la justicia ofendida ó la burlada inocencia: “No es costumbre de este pais el casar las hijas mas jóvenes antes de las mayores.” Si el pretesto era verdadero, alegarlo debia antes de toda promesa dada á Jacob; pero el pretesto era falso, porque el celebrar públicamente las bodas, asaz manifestaba que en la opinion y en las costumbres del pais, Raquel podia muy bien desposarse sin que Lia lo fuese. Pero lo que importa á los hombres codiciosos, no es el portarse con lealtad y franqueza, sino el llegar á su fin por cualquier medio que sea. Laban tuvo aún el atrevimiento de proponer á Jacob que tomase tambien á Raquel por esposa, sirviéndole él otros siete años, y el bondadoso Jacob, tuvo la condescendencia de consentir en ello, á pesar de la burla que acababa de recibir. Llegó por fin el suspirado momento. Laban dió á Bela por sierva á Raquel. Jacob la tomó por esposa, pasados siete dias de haber tomado la primera, y continuó en servir á su tío por el término convenido.

No hay duda que la poligamia es opuesta á la primera institucion del matrimonio, y nunca ha podido introducirse licitamente en el mundo sino á beneficio de una derogacion positiva de la ley fundamental. Creemos, pues, que Dios, que por necesidad habia permitido á los hijos del primer hombre el matrimonio entre hermanos y hermanas, permitió igualmente despues del diluvio la pluralidad de mugeres, derogando asi, en ambos casos, preceptos que el Evangelio vino despues á recordar, mantener, sancionar, y que los pueblos civilizados han respetado y seguido en sus códigos y en sus costumbres. En todas aquellas cuestiones, en las cuales se hallan complicados los derechos y los deberes respectivos de los hombres, la voluntad de su comun autor es una valla que no se puede traspasar impunemente. Y á la verdad, los principios son y quedan siempre inmutables; pero de otra parte las condiciones, á las cuales se refiere el bien y el mal, pueden ser alguna vez dislocadas; y el mismo acto exterior se reviste de una moralidad enteramente distinta. Asi, lo que los patriarcas hicieron sin ser criminales, tomando simultáneamente muchas mugeres á título de esposas de primero ó de segundo orden, no se practicara en el día sin grande escándalo, y sin atraer sobre sí el anatema de toda la cristiandad. Y sin duda que estas vergonzosas utopias que buscan un apoyo entre el fango vil de algunos instintos, no pervertirán el corazon de la Europa bautizada. El último esfuerzo de las pasiones humanas es insultar el dique que Dios les opone; pero no destruirle. Dios hace lo que quiere, y lo que él hace no muere jamás.

Raquel tenia una parte mucho mayor que su hermana en la afecion de Jacob. Pero Dios, que dispensa á su arbitrio toda riqueza, y que se place muchas veces, ya desde este mundo á sublimar en gloria á los que nosotros abajamos con el menosprecio, dió numerosos hijos á Lia, menos amada, y dejó á Raquel por largo tiempo estéril. En aquel tiempo de virtuosa sencillez, en que las leyes providenciales que dirijen el desarrollo del género humano, no estaban obstruidas ó embarazadas por los cálculos del egoismo; los hijos eran mirados como la gloria y la bendicion de los matrimonios, y teníanse por dichosos los padres que veían á la risueña turba de sus hijos florecer á su alrededor como un plantel de tiernos olivos. Raquel, viéndose estéril, aunque de santas y puras costumbres, no supo resistir á la debilidad de su sexo, y cedió al sentimiento poco noble que la envidia á su hermana hizo nacer en su corazon. "Dame hijos, dijo á su marido, y si no, me verás morir." A tan indiscreta convencion, no pudo Jacob quedar indiferente, y la respondió, no sin algun enfado: "¿Por ventura estoy yo en lugar de Dios, que te ha privado de tu fecundidad?" Sábia y oportuna respuesta, que increpaba á Raquel,

enseñándole, no solo que no debia dirigir á él sus quejas ni sus súplicas, y si al Señor, de quien viene toda fecundidad, sino que, en vez de tener envidia á su hermana, debia humillarse delante del Señor, para conseguir de su bondad el bien que deseaba.

Vuelta en sí Raquel, y reconociendo su desvío por la represion de Jacob, adoptó con su marido el mismo medio que Sara habia tomado con Abraham, dándole á Agar su esclava. Este medio era lícito entonces; ya atendidos, como hemos dicho, los designios de Dios sobre la naciente humanidad, ya atendido el noble objeto que se proponian los patriarcas en la multiplicacion de sus familias, muy distinto del voluptuoso placer que suele autorizar la poligamia en las muelles legislaciones de Oriente.

Dióle, pues, Raquel á Bala por esposa de segundo orden, de la cual tuvo Jacob un hijo, al que puso su madre el nombre de Dan, y al otro Nephtali, nombres significativos, que, como todos los demas puestos á los hijos de Jacob, indicaban las circunstancias particulares en que cada uno habia nacido. Lo propio practicó Lia, viendo que habia cesado de parir, con su sierva Zelfa.

Lia y las dos esclavas habian dado á Jacob diez hijos y una hija, llamada Dina, cuando escuchó el Señor los ardientes votos de Raquel, y la hizo fecunda. Logró, pues, el hijo que tanto deseaba, y le puso por nombre José, nombre de doble alusion en el dialecto hebreo; pues de una parte aquel hijo le quitaba el oprobio de su esterilidad, y por otra le añadía un nuevo título al afecto de su esposo; quedando aún ella con deseos de que se le añadiese otro hijo; espresando de este modo que esperaba de la generosa proteccion del cielo otro favor y otro júbilo, semejantes á los que hacian latir entonces su corazon maternal.

Quando nació José, catorce años habia que Jacob estaba en la Mesopotamia. Libre ya de compromiso alguno con su suegro, pensó en retirarse á la tierra de Canaan, de donde habia venido. Dijo entonces á Laban: "Déjame volver á mi país, y al lugar de mi nacimiento. Dame mis mugeres y mis hijos, por los cuales te he servido, pues quiero ya irme, y tú sabes bien cuales han sido mis servicios para contigo." Y respondióle Laban: "Halle yo gracia en tus ojos: tengo conocido por experiencia, que Dios me ha bendecido por tu causa; señala tú la recompensa que debo darte." A semejante propuesta, llena de sagacidad y de artificio, contestó el yerno: "Sabes bien de qué manera te he servido, y cuánto ha aumentado en mis manos tu hacienda. Poco tenias antes que yo viniese á ti y ahora estás rico, porque el Señor te bendijo con mi venida. Razon es por lo tanto que algun día mire yo tambien por mi casa." Con todo, á vivas instancias de Laban consintió Jacob en quedarse, haciendo

entre los dos un trato para arreglar los provechos que á cada cual pudieran provenir. Y quiso el cielo que, sin separarse de aquel trato, la mayor parte de las ganancias quedasen á favor de Jacob, bendiciendo de este modo sus trabajos y su industria; por lo cual Jacob, sin faltar un ápice á su fidelidad ni al cumplimiento de lo prometido, adquirió riquezas considerables. Porque la virtud, fuente de goces interiores y garantía de futura felicidad, es también una condición y un principio de dicha material, pues introduce la moderación en nuestros deseos, y el orden en nuestros actos, y fecunda y asegura la obra del hombre, atrayendo sobre él el rocío de las celestes bendiciones.

Seis años habían trascurrido desde el nuevo pacto, y la prosperidad siempre creciente de Jacob, despertó la envidia de los hijos de Laban, á quienes oyó un día Jacob que entre sí decían: "Hase apoderado Jacob de todos los bienes que eran de nuestro padre, y enriquecido con su hacienda, se ha hecho un señor poderoso." Descubrió asimismo en las maneras y en el semblante de Laban señales inequívocas de frialdad y de desagrado. Confirmóle Dios en la resolución de volverse al país de sus abuelos, prometiéndole toda protección y socorro. Envió, pues, á buscar á Raquel y á Lia, y las hizo venir al campo, en donde apacentaba sus ganados. Allí las recordó el cambio que observaba en Laban con respecto á él, y que había por diez veces trocado la paga ó remuneración á sus servicios, y modificado las cláusulas del pacto primitivo. "Así, añadió, Dios ha quitado sus bienes á vuestro padre para dármelos á mí... Y me ha dicho: Levántate, sal de esta tierra, y apresúrate á volver á la tierra en donde naciste." Raquel y Lia no tenían mucho que agradecer á las atenciones que con ellas había usado su padre, y no les quedaban para él porvenir esperanzas más lisonjeras de lo que había sido lo pasado, y así dijeron á una voz: "¿Tenemos acaso algo que esperar en los bienes y herencia de la casa de nuestro padre? ¿Por ventura, no nos ha mirado él como extrañas, y no nos ha vendido, y no se ha comido el precio de nuestra venta? Pero Dios ha tomado las riquezas de nuestro padre, y nos las ha dado á nosotras y á nuestros hijos, y así, haz todo lo que Dios te ha ordenado." Estos motivos de queja son ingenuamente deducidos; pero lo que más los ensalza es el sentimiento religioso de estas dos mugeres, y su confianza en la decisión de Jacob. Hay en el corazón de la muger cierto instinto noble y providencial de acogerse bajo la protección de la fortaleza y del consejo; y ya sea que ella encuentre en su natural debilidad un cierto aviso de desconfiar de sí misma, ó sea más bien que vea reflejar con viveza en el puro cristal de su corazón la imagen de cuanto es justo, delicado y verdadero, la muger, por lo general, se ampara pronto y vo-

luntariamente bajo las alas de Dios, y busca instintivamente en el querer de su esposo el eco de la voluntad divina. Y esta dependencia le son dulces y fáciles, no solo porque de este modo se libra de la incertidumbre y de la ansiedad, lo cual no pasaría de un calculado egoísmo, sino también porque toda su vida está puesta en el espíritu de sacrificio, y porque su generosidad no es menor que su vocación. Dios, por fin, que cubre de flores el yugo que impone, inclina los corazones por su gracia, así como dobla los destinos por su fuerza; y dando al hombre una personalidad ardiente, celosa de la iniciativa, y fiera por la libertad de sus movimientos, inspira á la muger la inteligencia y el amor de los sacrificios, y parece quedarse más cerca de ella para aconsejarla y sostenerla.

Jacob, pues, hizo subir sus mugeres y sus hijos sobre camellos, y llevó consigo todos los ganados y riquezas que había acumulado en la Mesopotamia. Raquel por su parte se llevó los ídolos que había hurtado á su padre, aprovechando su ausencia, pues éste había ido al esquilero de sus ganados. La partida se preparó y se verificó sin saberlo Laban, que se hallaba ausente, pues no quiso Jacob declarar á su suegro que se marchaba; pero como no era fácil que comitiva tan numerosa pudiese partir en secreto, Laban, que estaba distante tres jornadas, tuvo noticia, después de tres días, de la partida de su yerno, cuando la caravana había pasado ya el Eufrates, y se adelantaba en la dirección de Occidente. Indignóse Laban luego que supo la salida de Jacob; y reuniendo su familia y sus servidores, se puso en marcha para darle alcance, y después de siete días de camino, bastante precipitado, logró alcanzarle realmente junto á una montaña que tomó después el nombre de Galaad, por lo que luego se dirá, que se estende desde el Libano al Norte, hasta el término que poseía Schon rey de los amorreos y que fué cedido posteriormente á la tribu de Ruben. Jacob había levantado allí su tienda, y Laban levantó también la suya á corta distancia, con la idea sin duda de vengarse el día siguiente. Pero durante la noche, se le apareció Dios en sueños, y por sus amenazas le desvió de todo proyecto de venganza. "Guárdate, le dijo, de hablar con aspereza á Jacob." Dios, al modo de una madre que con solícita ternura observa y protege el sueño de su hijo, vela por la inocencia dormida, y cubre de un terror sombrío la conciencia del hombre injusto.

Laban, calmado, fué pacíficamente al fugitivo y le dijo: "¿Por qué te has portado de esa manera, arrebatándome mis hijas, sin darme parte, como si fuesen prisioneras de guerra? ¿Por qué has querido huir, sin yo saberlo, y sin darme el menor aviso? Yo te hubiera acompañado con re-

gocijos y cantares, al son de panderos y de vihuelas. Ni siquiera me has permitido el dar un beso de despedida á mis hijos é hijas. Neciamente has obrado. Bien es verdad que ahora está en mi mano darte el castigo que mereces; pero el Dios de vuestro padre me dijo ayer: " *Guárdate de proferir palabra alguna que pueda ofender á Jacob*. No te echo en cara el deseo de volver á los tuyos y de regresar á la casa de tus padres, mas ¿ á qué propósito robarme mis ídolos?" Respondió Jacob: "El haberme marchado sin darte antes aviso, ha sido porque temí que me quitases por fuerza tus hijas. En cuanto al robo que me reconviene, cualquiera en cuyo poder hallares tus dioses, sea muerto á presencia de nuestros hermanos. Haz tus pesquisas, y todo lo que hallares de tus cosas en poder mio, llévate." Cuando así hablaba Jacob, ignoraba que Raquel, no se sabe por qué, hubiese hurtado de la casa paterna algunos ídolos, especie de simulacros que figuraban los antepasados, ó tal vez algunas falsas divinidades, lo cual ha dado márgen á muchos intérpretes para creer que Laban mezclaba la idolatría con el culto del verdadero Dios. Es muy posible que Raquel se llevase aquellas imágenes, hechas tal vez de metal precioso, para indemnizarse así de las injusticias de su padre: ó ¿hubiera querido quizás, por mas noble motivo, quitarle los objetos de sus prácticas profanas y supersticiosas?

Sea de esto lo que fuere, tomó ella tales medidas, que inutilizó todas las investigaciones de Laban: sentóse sobre los ídolos, cuando su padre, despues de haber registrado en vano las tiendas de Jacob y de Lia y de las dos esclavas, entró á buscarlas en la tienda que ella habitaba y se escusó de no poder levantarse á su presencia, so pretexto de alguna indisposición mugeril. Enojado entonces Jacob del ultraje que con tales sospechas acababa de recibir de su suegro, le dijo con acrimonia: "¿ Por qué culpa mia, ó por qué pecado mio te has enardecido tanto en perseguirme, hasta escudriñar todo mi equipage? ¿ Y qué es lo que has hallado de todos los haberes de tu casa? Poullo aquí á la vista de mis hermanos y de los tuyos, y sean ellos jueces entre nosotros dos. ¿ Es esta la recompensa de veinte años pasados contigo? Tus ovejas y tus cabras no fueron estériles; ni me he alimentado de los carneros de tu grey, ni jamás te mostré lo que las fieras habían arrebatado; y yo resarcia todo el daño, y todo lo que faltaba por algun hurto, tú me lo exijias con rigor. Día y noche andaba quemado por el calor y aterido por el hielo: el sueño huía de mis ojos. De esta suerte por espacio de veinte años te he servido en tu casa, catorce por tus hijas y seis por tus rebaños: despues de esto, tú por diez veces me mudaste mi paga. Y si el Dios de mi padre Abraham, si aquel Dios á quien teme y adora Isaac, no me hubiese asistido, tu quizá

ahora me hubieras despachado desnudo. Dios ha mirado mi tribulacion y el trabajo de mis manos, y por esto ayer te reprendió."

Nada habia que replicar á semejantes razones. Ablandóse Laban, y sintiéndose conmovido las entrañas, dijo: "Mis hijas y mis nietos y todo cuanto ves en poder tuyo es cosa mia." Como si dijera: me es tan caro como mis propios bienes. "¿ Qué mal puedo yo hacer á mis hijas y á los hijos de éstas? Ea, pues, hagamos una alianza que sirva de testimonio de la armonia entre nosotros dos." Jacob quedó muy satisfecho de este desenlace: él, pues, y los suyos reunieron una porcion de piedras, y formaron un majano ó monton grande que termina en un plano, y comieron encima de él. Este majano, que venia á ser un pequeño cerro ó montecillo, estaba destinado á servir de limite entre las posesiones de ambos parientes, y nadie podia traspasarlo con miras de hostilidad. Era costumbre en los antiguos pueblos de levantar esta especie de monumentos, para transmitir á la posteridad la memoria de hechos considerables: los viajeros ilustres y los guerreros dejaban estas trazas ó vestigios de su paso ó de sus hazañas. A estos montones de piedras, mas ó menos informes, se daba un nombre, que recordaba su naturaleza y su origen. Así, Laban y Jacob llamaron á su monumento majano ó cerro del testimonio, porque debia quedar como un mudo testigo de la fé jurada, y por esto se llamó Galaad por los hebreos, que significa, Monton testigo. El contrato fué puesto bajo la garantía sagrada del Dios que temia Isaac, del Dios de Abraham y de Nachor. Porque Isaac vivia aún, y por eso no se llamaba el Dios de Isaac, sino el temor de Isaac: *Menoah*. Las dos familias se reunieron para inmolar víctimas y comer juntas en señal de alianza y amistad. A la mañana siguiente Laban se levantó antes de despuntar el dia, abrazó á sus hijos é hijas, los bendijo, y regresó á su lugar.

La avaricia y el interés son viejas é incurrables dolencias: en el dia, así como en el tiempo de Laban, el hombre no tanto es rico por lo que posee, como pobre por lo que le falta. Frágil y caduco, suplica y busca donde quiera un punto de apoyo y una proteccion: parece devorarle todo en la avidez de sus deseos, á pesar de lo poco que en realidad necesita. Desconoce las afecciones de familia, ahoga la voz de la sangre para añadir algunas leguas mas á su imperio de un dia y aumentar el número de sus vasallos, aun cuando éstos no sean mas que rebaños de ovejas. ¿ Tal es el ánsia natural de dominar, raiz funesta del primitivo orgullo! ¿ Feliz aún cuando su espíritu, atormentado un momento por la sed de adquirir, se aplaca por fin en nombre de la razon y de la religion, y apreade á sacrificar á la justicia y á la concordia envidiosas pretensio-

nes é ilegítimas riquezas! Mas, ¿qué será cuando desconozca enteramente estos nombres sagrados, y sediento de gozar, y creyéndose con derecho sobre todo, se abalance como un buitre sobre su presa? ¿Qué será de la sociedad, cuando rotos todos los lazos que la conservan en armonía, se desborden sin dique alguno todas las pasiones de la ambición, para devorarse unos á otros como un enjambre de insectos?

Después de haberse retirado Laban, continuó Jacob su camino. Y después de haber tenido algunas visiones misteriosas que le anunciaban la defensa y la protección de Dios, bajo cuyo poder caminaba seguro, envió mensajeros para que noticiasen su regreso á su hermano Esau, tan iritado en otro tiempo contra él, el cual habitaba en Seir, en la tierra de Edom. Estos enviados trajeron la noticia que Esau venia presuroso al encuentro de Jacob, al frente de cuatrocientos hombres. Sobrecojido Jacob de temor y aterrado, sin dejar de confiar en Dios, tomó las precauciones que su posición le permitia; como así debe obrar el justo, que no por lo que espera de la Providencia ha de descuidar las medidas que en el órden puramente humano le aconseja la prudencia; lo contrario seria presuntuosa temeridad, y esta indolencia fuera criminal. Dividió en dos bandos la gente que consigo tenía, junto con los ganados de ovejas, de bueyes y de camellos, para que si caía la una en manos de Esau, ó fuese por él destrozada, pudiese á lo menos escapar la otra. Buscó después en el cielo un socorro mas eficaz que todas estas medidas, é hizo esta oracion: "Oh Dios de mi padre Abraham, y Dios de Isaac, mi padre; tú, Señor, que me dijiste: *Vuélvete á tu país y al lugar de tu nacimiento y yo te colmaré de beneficios*, indigno soy de todas tus misericordias y de la fidelidad con que has cumplido á tu siervo las promesas que le hiciste. Solo con mi cayado pasé este Jordan, y ahora vuelvo con dos cuadrillas de gentes y ganados. Librame te ruego de las manos de mi hermano Esau, porque le temo mucho; no sea que arremetiendo acabe con madres é hijos. Tú me prometiste colmarme de bienes, y multiplicar mi descendencia como las arenas del mar, cuyos granos son innumerables..." Cuando se desea para sí la fortuna, debe recorrerse á Dios que la tiene en su mano. No hay duda que la marcha de los acontecimientos fué decretada ya desde un principio en los consejos eternos; pero desde entonces tambien nuestra oracion ejerció su influencia sobre los divinos decretos. De este modo nuestra alma no yace abatida bajo el peso de la fatalidad, pues que se tuvieron ya en cuenta sus libres actos; y si no le es permitido penetrar en lo futuro, es para que conserve siempre en sus resoluciones una libertad perfecta. Tal es la bella y honorífica doctrina del

cristianismo, que eleva y glorifica al hombre, asociándole á las obras de la Providencia.

Jacob separó de sus rebaños lo que tenia voluntad de ofrecer á su hermano que no dejaba de ser de alguna consideración. Doscientas cabras, veinte machos de cabrio, doscientas ovejas, veinte carneros, treinta camellos paridas, que daban regalada leche á sus crias, muy estimada de los antiguos, cuarenta vacas, veinte toros, veinte asnos y diez de sus pollinos. Estos presentes, que manifiestan la rica abundancia y la generosidad de su dueño, fueron enviados por Jacob á Esau, bajo la dirección de varios servidores ó dependientes, que debian dejar entre sí algun intervalo ó trecho. Y dió órdenes á todos los conductores de aquellas manadas, que informasen á su hermano ser aquello un regalo de su siervo Jacob, el cual venia detrás en persona, esperando que su generosa amistad, dando así á la cólera de Esau asaltos sucesivos, acabaria por vencerla completamente. Remitiendo, pues, los dones por delante, y precedido de aquella especie de vanguardia, pasó aquella noche en su campamento, y el dia siguiente partió muy de mañana con sus mugeres, sus servidores y sus once hijos, y pasó el vado de Jaboc. Apartóse un poco de su comitiva, se le apareció un ángel en figura de hombre, que comenzó á luchar con él hasta la mañana. El valor de Jacob fué mayor que el peligro, porque el espíritu celeste templó su fuerza y se dejó vencer por su rival. Esta victoria alentó al abatido Jacob, dándole á conocer que su valor superaria al de los demás hombres, y le valió el mudar su nombre con el de *Israel*, que significa poderoso contra Dios, porque habia sostenido gloriosamente el ataque contra el enviado divino. Esta lucha es la imájen de las angustias de que se mira cercada nuestra alma en circunstancias difíciles y estremas: una fuerza superior nos acomete y se echa sobre nosotros como un águila que cae sobre su presa: la inteligencia, el valor y la virtud debaten entre sí en el doloroso recinto del alma: el éxito queda suspenso por largo tiempo, hasta el momento en que, coronando Dios una magnanimidad que el mismo ha inspirado, sale el hombre de la lucha rendido de fatiga, pero recompensado por una victoria. Jacob llamó aquel lugar *Fauvel*, esto es, vista ó rostro de Dios, y esclamó: Yo he visto á Dios cara á cara y mi vida ha quedado en salvo.

Entretanto Esau se adelantaba con sus cuatrocientos hombres. Levantó Jacob los ojos y le vió venir con toda su comitiva, y dividió su familia en tres grupos. Al frente iban las dos siervas, y sus hijas: Lia y su hija venian en segundo lugar, y seguian por fin Raquel y José, dos personas queridas que alejaba cuanto podia de todo peligro. El mismo Jacob se adelantó para ir al encuentro de Esau: los dos hermanos, profunda-



mente conmovidos, se estrecharon en sus brazos con la mayor ternura, derramando lágrimas; y levantando Esau los ojos, vió las mugeres y los niños, y dijo: "¿Quiénes son estos? ¿te pertenecen á tí?" Y respondió Jacob: "Son los hijos que Dios ha dado á tu servidor." Y acercándose las siervas con sus hijos, se postraron á los piés de Esau. Lia le saludó despues: Raquel se adelantó la última, al modo que se corona un ramillete de flores arregladas con arte, colocando sobre todas las demás la de mas ricos colores y mas esquisitos perfumes.

Jacob había procurado manifestar á su hermano todas las señales de sumision y de respeto, haciéndole siete veces y á diferentes trechos los seludos que eran costumbre de aquel país para honrar á los grandes personajes. Cuando le preguntó Esau, qué significaban aquellas cuadrillas que él había encontrado, respondióle Jacob: "El deseo de hallar gracia en presencia de mi señor." "Poseo grandes bienes, hermano mio, replicó Esau, guarda para tí lo tuyo." Pero Jacob, insistiendo en su generoso afecto, le dijo: "No hagas tal, te suplico; antes bien, si es que yo he hallado gracia á tus ojos, recibe de mis manos este pequeño regalo, ya que al ver tu semblante me ha parecido ver el rostro de Dios." Estas palabras profundas por Jacob con toda la sinceridad de su alma, triunfaron de la resistencia de Esau, el cual se dejó vencer por las instancias de su hermano; aceptó los presentes, y se ofreció á acompañarle en su camino. Jacob le manifestó su reconocimiento, pero le hizo advertir que él, á causa de sus mugeres y sus hijos y de sus ganados, no podia andar sino muy despacio y á cortos trechos. "Vaya, añadió, mi señor delante de su siervo: yo seguiré poco á poco sus pisadas, segun viere que pueden aguantar mis niños, hasta tanto que llegue á verme con mi señor en Seir." Pero replicó Esau: "Ruégote que tomes á lo menos parte de la gente que viene conmigo para acompañarte en tu viaje." "No es menester, contestó Jacob, lo que solamente necesito es, señor mio, que me conserves tu gracia." Y así se separaron reconciliados. Volvióse Esau aquel mismo día á Seir, por el camino que había traído, y en donde había fijado su domicilio. Esta region, que tiene tambien el nombre de Idumea, se estendia entre la Arabia Petrea, el Egipto y la Palestina. Jacob fué á plantar sus tiendas sobre la orilla oriental del Jordan, frente del lugar en donde fué edificada un poco mas tarde la ciudad de Scythopolis; y se adelantó hasta las cercanías de Siquem, á fin de procurar abundancia de pastos á sus rebaños. En el dia, aun las faldas de las colinas que rodean á Siquem, están cubiertas de verdor, y los pastores árabes guardan allí sus cabras, haciendo salir de una especie de flauta con dos tubos algunos sonidos salvajes.

Cuando Jacob pasó á habitar cerca de Salem, ciudad de los siquemitas, en la tierra de Canaan, despues de algun tiempo de haber vuelto de Mesopotamia de Siria, compró la parte del campo en que había fijado sus tiendas de campaña á los hijos de Hemor, padre de Siquem, por cien corderos; y como había escogido aquel lugar para su permanencia, erigió un altar al Dios verdadero, al Dios de los fuertes, para vivir él y toda su numerosa familia bajo la proteccion del Señor.

Jacob tenia once hijos y una hija llamada Dina, hija de Lia su primera esposa. Rico con los bienes de la tierra, y mas rico aún con sus creencias, llevaba una vida apacible, que nada parecia deber alterar. Pero sobrevino una catástrofe terrible y no muy generalmente conocida. Las sagradas páginas presentan aqui una mancha de sangre, de la que se apartan los ojos con horror. Sin embargo, para dar alguna amenidad á nuestra lectura, transcribiremos algunos fragmentos de una leyenda sagrada que habíamos bosquejado en los ócios de nuestra juventud, cuando las escenas encantadoras de la Biblia daban pábulo al fuego de nuestra fantasia y hacian latir por primera vez el corazon. Hé aqui algunos fragmentos del *Rapto de Dina*.

Despues de la reconciliacion de Esau con su hermano, se establecieron los hijos de éste en el delicioso país de Salem. Isaac, padre venerable de aquella tribu, veia con placer aseguradas sus esperanzas en tantas generaciones, que vivian felizmente á la sombra de la paz y del amor, y gustaba sostener sobre sus trémulas rodillas á los hijos de sus nietos.

No es facil formarse una idea de aquella sociedad naciente, sin otra ley que la de la naturaleza, descansando bajo el suave abrigo del gobierno patriarcal. Los antiguos griegos nos figuraron en algun modo esta sociedad en los felices habitantes de la Arcadia. ¿Qué puede bosquejar el pincel de la poesia de aquel país encantador? La familia de Israel, antes de ser esclava de los egipcios, disfrutó por algunos años aquella vida deliciosa, imájen bien que imperfecta del Edén cantado por Milton, y de la felicidad que probó el hombre en los cortos dias de su inocencia.....

La tradicion del diluvio era todavia reciente, y sin embargo la idea del verdadero Dios se hallaba reducida al corto recinto de aquel pueblo. El hombre se había olvidado de su Criador. O se creía capaz de formar un Dios con sus propias manos, ó hacia de sí mismo su idolo. Esparcidas se veian por toda la tierra semillas de aquella supersticion que debia producir mónstruos y hacer adorar á los hombres sus propios deltos. ¡Triste herencia de la muerte justamente merecida por la desobediencia del primer hombre!

Pero presto debía acabar la paz de esta sociedad que conservaba algunos vestigios de la dicha primitiva, y se mantenía como un albergue sagrado en que Dios conservaba como en depósito la cuna de la religión. El mismo Dios les había inspirado el sencillo culto de los sacrificios, que consistían en inmolarse las res más preciosa de sus rebaños, con alguna súplica ó deprecación. Muerto Isaac, Jacob quedó jefe y sacerdote de aquella numerosa familia; carácter sagrado que después debía perpetuarse en los descendientes de la tribu de Levi.

Hemor, príncipe y dueño de la comarca, había vendido á Jacob una gran parte de territorio para que se estableciese allí con todo su pueblo. En medio de una llanura inmensa se levantaban algunos pequeños collados cubiertos de verdor. Se veían de trecho en trecho grupos de álamos y palmeros, que habían dado su sombra á los primeros patriarcas. A lo lejos se descubría una selva de plátanos y cedros, cuyas altas copas sacudidas por el viento, parecían confundirse con las nubes en la región de las tempestades, y trasplantados después en el monte Libano, merecieron ser cantados por el arpa de David. Cuando el sol del medio día abrasaba el aire y la tierra con sus rayos de fuego, el interior de la selva era apacible. Ni el viento, ni el sol, podían penetrar la densidad de aquel asilo regalado, que la naturaleza había dispuesto en medio de vastas llanuras y de arenales inmensos. El viento se convertía en un ambiente suave y aromático, y la luz solar, perdiendo su intensidad, venía á ser como el crepúsculo delicioso de la mañana.

La mano del hombre se reparaba apenas en aquellos campos incultos. No había propiedad señalada para cada uno de los miembros de la familia: todos poseían en común aquella región agradable. La tierra virgen, abandonada á su propia fecundidad, se cubría de flores y legumbres silvestres, sin que hubiese de regarla el sudor del hombre, pues aun sobraban para su sustento y para el pasto de sus numerosos rebaños. Raquel, Lia y las hijas de Jacob cuidaban en un corto recinto algunas flores queridas, la rosa, el clavel, el lirio y el jacinto. Los hombres se ocupaban en pasturar los ganados, vagando libremente por las campiñas. Tal era la felicidad de aquellos pueblos pastores.

Dina, la más bella entre las hijas de Israel, era el ídolo de sus hermanos y el embeleso de sus padres. Nacida de Lia, otra de las esposas de Jacob, crecía como uno de aquellos lirios tiernos que cuidaba su madre. Cuando alzaba tímidamente sus negros y rasgados ojos, que brillaban sobre un cutis finísimo, hacía recordar la modesta vivacidad de Rebeca, y en todo su cuerpo se veían delineadas las bellas formas de Raquel. Rayaba á los quince años, y sus labios tan puros como su alma

solamente sonreían al beso paternal. Cuando Jacob contaba las maravillas del Dios de sus padres, quedaba absorta al escucharle: sus inocentes miradas se dirigían al cielo, y como si hubiese leído en las facciones de su padre algún secreto, se notaba en su semblante un no sé qué de celestial.

En una de aquellas noches apacibles, en que el cielo sembrado de estrellas, aparece sobre la vasta naturaleza como un campo resplandeciente y solitario, estaba reunida en un pequeño bosque la familia de Jacob, el cual se hallaba sumido en un profundo sueño. Despiértase de repente como inspirado, y esclama: ¡Hijos míos! El Dios que salvó á Isaac, mi padre, reclama de nosotros un sacrificio. Levantad vuestros ojos á estas inmensas alturas. El Señor tiene allí su trono de majestad. ¡Cuántos astros publican su gloria! Sí, me parece verle todavía en los campos de Betel. Yo le vi: yo le vi: una ráfaga de luz bajaba del cielo y por ella descendían los espíritus del Señor... ¡Dios piadoso! Acuérdate de las promesas que hiciste á tu siervo. En él serán benditas todas las generaciones.

Las hijas de Jacob lo preparan todo para el sacrificio. Neftali y Ruben llevan dos corderos sin mancha, y Dina aparea el aceite sagrado. Jacob, postrado á la presencia del Señor, derrama el óleo sobre la piedra del sacrificio, como lo hizo en el lugar de la vision misteriosa, y antes de inmolarse las víctimas dirige una oración al Señor. "¡Oh Dios de mis padres! recibe con agrado este holocausto. Suba nuestra débil voz hasta tu sítio eterno. ¡Ten compasión del hombre desgraciado! ¡pueda algún día ser feliz, y recobrar la vida inmortal que perdió por el delito!"

Estas palabras, pronunciadas con un acento profético, en medio del silencio y á la luz de los astros de la noche, enternecieron el corazón de Dina, como si estuviera iniciada en los misterios más profundos. Jacob toma un ancho cuchillo é inmola la víctima. Dos de sus hijos acercan el vaso de bronce para recoger la sangre, y algunos esclavos preparan la lena para consumir el sacrificio.

Aser, hijo de Zelfa, esclava de Lia, y hermano de Dina por parte de su padre Jacob, llegaba apenas á los veinte años. Amado de Lia como hijo suyo, por serlo de su esclava, había crecido junto con la niña Dina, y las madres de entrambos se complacían en confundirles en su cariño. Sus corazones cándidos se amaban tiernamente; el uno formaba las delicias del otro, pero con aquel amor inocente y fraternal que participa de todas las dulzuras sin temer sus peligros.

En este momento contemplaba Aser las lágrimas que brotaban de los

ojos de su hermana y brillaban con el fuego del sacrificio. Dina miraba también á su hermano, se conmovia agitada por aquella vaga inquietud que siente el corazón cuando se abre por primera vez á las bellas ilusiones de la vida. Había rogado á su padre que les contase la historia de los hombres, y una mirada suya anunció al anciano patriarca los deseos de su hija. Dina corrió al lado de su madre; Aser no se atrevió á seguirla, y se sentó con los demás hermanos que formaban como un semicírculo alrededor de Jacob. Los esclavos en pie y á cierta distancia, guardaban silencio, y las sombras de algunos camellos inmóviles se dibujaban débilmente en el suelo, oscilando como las llamas ya moribundas del fuego del sacrificio.

Voy á contaros, dijo el patriarca, acabada ya la ceremonia, la historia de nuestros padres, y las misericordias que el Señor ha derramado sobre nosotros. Aquí pintó las delicias del Edén y los venturosos días de la inocencia, la astucia maliciosa de la serpiente, la debilidad de la primera mujer y el funesto efecto de sus ruegos; el rubor, hijo del delito, las amenazas del Señor y el castigo de Adán y de su esposa. Cuando refería el destierro de los dos desventurados al dejar aquella mansión de placeres y de felicidad, los sollozos interrumpian sus palabras, y las lágrimas de todos corrían con abundancia.

En seguida presentó á la muerte introducida en el mundo por la envidia fraternal. La dulzura y el candor de Abel interesaron á la joven hebrea, y el odio mortal de Cain á su inocente hermano, cubrió de una especie de rubor la frente de algunos hijos de Jacob.

Este se paró un instante para hablar de las maldades de aquellos primeros habitantes que tan rápidamente se habían multiplicado. La tierna edad de Dina, en quien fijó los ojos, y su modestia angelical, ponía algún estorbo á sus labios. ¿Cómo hubiera podido pintar con todos sus colores á los ojos de la inocencia, aquellas iniquidades nefandas que estremecen á la naturaleza é hicieron arrepentir á Dios de haber criado el hombre? El amor impuro, dijo, fué después del odio la pasión más funesta de la criatura corrompida. Un apetito brutal sobecó en el hombre el soplo divino de la razón que el Señor había infundido á su alma, y amó igualarse con los irracionales. Corramos un velo á tantos horrores, hijos míos; la iniquidad había inundado la tierra, y era preciso renovar enteramente su faz. Noé, el justo Noé, fué elegido para conservar después del diluvio la especie humana.

“Figuraos, hijos míos, á la tierra sumergida en las aguas, y al sol abismado y sin brillo en medio de los cielos. El mar salió de su centro como un monstruo para devorar á los vivientes de la tierra; abriéronse las ca-

taratas del cielo, y el mundo quedó desolado. El Arca entretanto nadaba sobre la vasta inmensidad de un mar sin orillas; y mientras un abismo de agua iba sepultando las generaciones hasta en la última cima de los montes, solo el Arca llevaba en su corto recinto los recogidos restos de las especies vivientes.” ¿Con qué viveza les presentó la tierra nuevamente desierta en su desolación, el olivo de la paloma, el hermoso iris naciendo después del diluvio, como un símbolo brillante de alianza y de amor!

Aunque todos estaban embriados con las palabras del patriarca, conoció éste que sus ojos necesitaban el sueño. Dejó para otra noche el seguir su historia, y los hijos de Jacob, después de haberle dado el ósculo filial, se retiraron á sus albergues.

Estos eran unas tiendas cuadradas que cubrían esteriormente de pieles de animales diversos, sostenidas y trabadas por largas bien que delgadas maderas, formando una especie de techo. Interiormente estaban cubiertas de telas de diferentes colores, clavadas con pequeñas puntas en el suelo. La tienda de Jacob y sus esposas era espaciosa, bien que sencilla, y se distinguía de las demás por su mayor elevación. Otra estaba destinada para sus hijas y demás mujeres de la familia. Los demás hermanos habitaban en otra, construida más groseramente, y había algunas como chozas para los esclavos.

Dina pasó la noche sin dormir, y como embelesada en su propio pensamiento. La edad feliz del hombre y de su inocencia llenaba su alma de ideas deliciosas, pero se horrorizaba de que la culpa hubiese nacido en el seno mismo de la felicidad. Atormentado su corazón virginal por los primeros impulsos de la sensibilidad, envidiaba su ventura á la madre de los hombres. ¡Ah! exclamaba en secreto, ¿cómo pudo la dichosa Eva renunciar por una sola curiosidad á los placeres juntos de la inocencia y del amor! ¿Cuán funestas fueron desde luego las gracias de la mujer! ¡Ah! ¡yo debía nacer en aquel Paraíso! ¡Cuán fácil es ser culpable á los ojos del Señor! La idea ligera que había dado su padre de las iniquidades de los hombres antes del diluvio, le llenaban de un oculto pavor. A pesar de la pureza de su alma, había sospechado confusamente el nefando origen de las maldades que vengó el Señor sobre la faz de la tierra, al modo que un infante concibe la idea confusa de la muerte; y al sentirse agitada por unos impulsos que apenas conocía, vacilaba en una amarga duda acerca de la inocencia de sus sentimientos.

Hay en el alma de una joven virgen un estado de agitación que dura poco, y es el prenuncio de la edad de las pasiones. Cuando la inocencia no se vé sorprendida por una malicia prematura, las primeras chispas

del amor se insinúan por una inquietud sin objeto, deseos vagos, una secreta melancolía y un ardiente anhelo de felicidad. El corazón late por un no sé qué desconocido é indefinible. Tal vez sospecha que no nació para sí solo. La naturaleza anuncia ya en nosotros el desarrollo de la sensibilidad, la imaginación se fatiga, buscamos el móvil de una secreta simpatía, y nace aquella pasión aun no sentida, germen despues de tormentos y deleites inexplicables. Este sentimiento misterioso, alterado ó prevenido á veces por una civilización adelantada, agitaba con toda su fuerza á la inocente hija de Jacob.

Al día siguiente esperaba ésta con ánsia la hora en que su padre debía continuar la historia del mundo.

En efecto, continuó Jacob por la noche su narración. Les habló de los hijos de Noé y del vano orgullo del hombre en querer escalar el cielo por medio de una torre, proyecto insensato, que burló el Señor confundiendo á los operarios con la diversidad de los idiomas. Desde entonces se diseminaron por toda la tierra los hijos de los hombres. Al hablar de Abraham y de su vocación misteriosa, al recordar aquellas promesas hechas por el Señor, que abrazaban todos los siglos y todas las generaciones, se inflamó su semblante, dobló la rodilla por un momento, y calló ante el Dios de la majestad. Parecía que un poder sobrenatural le agitaba, y que se abría entonces á sus ojos un mundo nuevo. Sara y Agar, su esclava, y aquel hijo nacido como un prodigio para ser el padre de un pueblo escogido, llamaron la atención del patriarca. Pintó con bellos colores la vida apacible de aquellos dos esposos, el amor y la fidelidad. Las llamas que llueve el cielo sobre los dos pueblos abominables, anuncian la ira del Señor, y los estragos de la carne corrupta; pero tres ángeles cuya faz era de luz, avisan el peligro al hermano de Abraham. Dios salva al justo de entre las ruinas, y castiga la inobediente curiosidad. Jacob no habló de las hijas de Loth, ni de aquel doble incesto de que nacieron dos pueblos, porque temió ofender el pudor celestial de su hija. El Señor, dijo tan solamente, es impenetrable en sus designios, y no es dado al débil mortal descubrir el velo que le oculta.

El alma sublime de Abraham obedece la orden de su Dios y se prepara para un sacrificio, que hará eterna entre los ángeles y los hombres la memoria de su fe. Todos derraman lágrimas al contemplar al hijo obediente llevando la leña sobre sus hombros, y al padre enternecido fijando sus ojos en él y en el cielo. La cuchilla pende de su cintura. Suben silenciosos por el monte solitario, y el hijo interrumpe el silencio con estas palabras: "Padre mío, ¿ dónde está la víctima?" Jacob, conmovido, interrumpe también su relación. Levanta sus manos al cielo y esclama:

"¡Misterio augusto! ¡ Víctima divina! cuya sangre ha de expiar los delitos del hombre. ¿ No habrá para tí un ángel que detenga la espada decidida?" Calla, y los circunstantes atónitos, ignoran el sentido de aquellas palabras.

Jacob presenta ya escenas mas deliciosas. Describe cómo Abraham quiso dar una esposa á su hijo, la misión del criado fiel, el encuentro de éste con Rebeca en los campos de Nachor: hablando de su madre prescindió de todas las gracias de la hermosura, y solo les pintó su sencillez, y aquella modestia, dón el mas precioso de las virgenes. La hija de Jacob escuchaba como embelesada á su anciano padre, de cuyos trémulos labios salían palabras de amor. La sorpresa de la hija de Batuel al oír el nombre de su esposo, las rosas de pudor que cubrieron su frente, y que al verle procuró ocultar, nada escapó al patriarca, quien al contarlo sentía revivir en su corazón aquel puro y ardiente fuego de que se sintió animado en otro tiempo por los encantos de Raquel.

Jacob no sabe cómo hablar de sí mismo. Mil recuerdos deliciosos se agolpan á su pensamiento, y sobre todo el tierno amor que le tuvo su madre desde su nacimiento, ocupa su corazón. Temе descubrir misterios que el Señor le ha revelado en sueños, y una turbación desconocida le impide el hablar. "Hijos míos, les dice, Dios ha depositado en nosotros grandes esperanzas, y nuestra familia lleva la bendición del género humano."

El patriarca dá la suya á sus hijos. Se postran todos ante el altar, y despues de algunos momentos se retiran á sus tiendas. La noche era deliciosa. Humeaban todavía las últimas pavesas del sagrado fuego. La luna no había salido, pero una claridad que esparcía por el horizonte tranquilo la brillantez de los astros, hacia dulces las horas del silencio. El sueño estaba lejos de los ojos de Dina, y su pensamiento embelesado con imágenes lisonjeras, se complacia por la primera vez en aquella soledad apacible, sin que pudiese asaltarla el mas mínimo temor á la vista de las tiendas de sus padres. Un pequeño arroyo sin nombre, único en aquel país, corría no lejos del vallado, que iba á perderse en la selva de los cedros, y dejaba sentir su murmullo á alguna distancia, como un sér animado en medio de la muda naturaleza. La hija de Lia había quedado sola bajo del álamo, sin que nadie lo advirtiese.

Su objeto era lavarse los piés en el arroyo, y llenar los cántaros que habían de servir el día siguiente para descansar á su madre, la cual no confiaba á las esclavas este cuidado. Sabía que durante la noche solían algunas hijas de Salem llenar en el arroyo sus cántaros, y tal vez se de-

tenia allí con la esperanza de encontrar entre ellas alguna virgen con quien partir los secretos de su corazón.

Dina dormía unas veces en la tienda de su padre Jacob que la amaba tiernamente; otras veces con sus hermanas. Así es que á nadie sobresaltó su ausencia. Lia y Raquel la amaban con igual ternura, y ella gustaba confundir entre las dos el dulce nombre de madre.

Se dirije con lentos pasos hácia el arroyo. Se detiene á contemplar el agua pura é inquieta que brillaba apenas entre la yerba, reflejando los débiles y azulados rayos de la luna que acababa de salir. Inclínase sobre el musgo y se lava el rostro y los pies. Todo es silencio en la selva vecina, las flores tienen cerrado su capullo, y las aves duermen profundamente inmóviles sobre las ramas de los árboles. La hija de Jacob desea internarse en el espesor de la selva, y en una muger jóven un deseo es una necesidad. Camina y tiembla; siente el temor natural de la soledad y de la noche, pero le agrada vencerle; detiénese á cada paso, escucha como si temiese ser descubierta, suspira con pena, se vé libre, y se embelesa de su misma libertad. Tal es el primer vuelo de la inocente tortolilla cuando ha salido del nido maternal y se vé reina de los bosques sin conocer ni pensar en las garras del alcon ni en la fiereza del hombre.

¿Cuál es la causa de aquel placer misterioso que sentimos al contemplar el astro de la noche? Fijos en él sus ojos la niña Dina, sentía impresiones desconocidas, como si la luna revelase secretos á su corazón. "¿A dónde voy, desdichada de mí! ¡quise probar las delicias de la noche para hallar un consuelo! ¡Ah! ¿no es un dolor alejarse de la tienda paterna? ¿Qué le falta á mi corazón? ¿No soy feliz al lado de mis padres? ¿Pues qué busco aquí? ¡Aser, hermano querido! tú estás triste, tú no me sonríes como antes, no te complaces ya en las caricias de tu hermana? ¿Padece también tu alma como la mía? ¿No te sientes feliz? ¿qué otro amor hallarás como el mío? Los lirios mas blancos, las rosas mas bellas son para tí: tú paces mi primer corderito, y me gusta que te llames tuyo. Te amo, pero no me hallo bien todavía. ¿Sé tal vez lo que desco? Las hijas de Salem salen juntas á llenar sus cántaros, y llegan tal vez hasta aquí. Una amiga... ¿no sería un placer amar una amiga?"

Siquem, hijo de Hemor, perseguía de noche por aquellas llanuras los lobos silvestres, y sorprendía los osos y javalies en sus mismas guaridas. Había oido celebrar la belleza de la hija de Jacob, y como su corazón era virgen sentía ya una cierta inclinacion hácia la hermosa desconocida. Atravesando los campos de Salem habia divisado á lo lejos el fuego del sacrificio, y al acercarse le habia parecido ver á la hija de Lia á la escasa luz de algunas llamas que se levantaban á intervalos de las áscuas ya consu-

midas. ¿Qué misterioso es el amor! en este momento no se atrevió á pasar adelante. Disfrutó de esta bella ilusion como de un encanto, y el candor de la edad y de la belleza hicieron concebir al jóven idolatra un rayo vago de esperanza, y habia dirigido sus pasos al país de Siquem.

Dina probó, despues de haberse lavado, pasearse sola por los campos silenciosos. Conmovidá en estremo por la historia de Rebeca, envidiaba en secreto su felicidad, y hubiera deseado hallar junto á una fuente al criado de otro Isaac. Ella también suspiraba por un esposo, pero ¿para quién le habrá destinado el cielo! En su alma se formaba la idea seductora de un objeto: el astro de la noche fomentaba sus ilusiones. ¿Cuán fácil le es al alma sensible buscarse un sér adorable en el país de las quimeras! A este sér desconocido dirijia ella sus primeros suspiros. Inquieta, sentia un vacío en sí misma que no podia llenar. ¿Nadie habrá en el mundo que pueda hacerla feliz! Cualquiera hubiera creído por sus gemidos que lloraba la ausencia de su amado.

En medio de tan bellas ilusiones, asalta á la incauta hija de Jacob un pensamiento terrible. Abismada en sus gratos ensueños, ha perdido la senda que le guiaba á la casa de sus padres. Sola, en medio de un desierto desconocido, la infeliz no sabe á donde dirijir su incierta planta. La luna habia recogido sus rayos en una blanca nube, como un manto diáfano, y dejaba á la triste hebreá entre los sombríos fantasmas de la soledad. Viéndose perdida, caminaba temblando y llena de pavor. Vagaba silenciosa por entre los arbustos, como si temiera ser descubierta: á cada murmullo le daba un salto el corazón. El siquemita la descubre como una airosa sombra, errante por los campos sombríos. Sus ojos se ceban ya en aquella niña sin amparo, y siente su pecho devorado por una llama impura. Desea y teme sorprenderla. Va siguiendo sus pasos á cierta distancia, embelesado, absorto, y como dudando de la realidad de aquella vision encantadora. En la turbacion de su entusiasmo silencioso, escápase un suspiro al hijo de Hemor. Vuélvese súbitamente la niña Dina, arroja un grito agudo de espanto, y huyendo precipitada y sin concierto, tropieza y cae á los pies de una palmera, sobre cuyos retoños no advertidos habia resbalado el delicado pié de la fugitiva. El jóven cazador corre á calmar el angustioso sobresalto de la sorprendida. Al chillido de la sorpresa ha sucedido la languidez del desmayo. No temas, hija de Jacob, le dice el siquemita. ¿Cómo andas así estraviada de la casa de tus padres? ¿No temes los fantasmas de la noche, ni las garras de las fieras que cruzan por las sombras del desierto?—¡Ah! si tienes hermanas que amas, seas quien fueres, compadece mi desamparo, vuélveme á la casa paterna, enjuga el llanto de mi madre y temple la